

El milagroso San Benito de Palermo

Parte final...

La Madonna, Madre y Maestra de San Benito

En el amor se encierran y del amor nacen todas las virtudes y con amor hay que practicarlas. El amor como vemos u observamos es la base, la partida para abrir las puertas del corazón y encauzar sus energías, su dinámica hacia aristas distintas en la vida espiritual.

Como el infante corre vacilante hacia el regazo maternal para encontrar seguridad entre sus brazos, así, Benito, ya de pastorcito, a sus once años, la llevaba bien injertada en su alma la inclinación acendrada de la devoción entrañable a la madre de Dios y también en su zurrrón; con frecuencia extraía la estampita de la Señora que siempre llevaba, le rezaba y la besaba amorosamente; cómo sonreía ante tantos requiebros y caricias; la Señora, al ver que aquél pequeñuelo vivaracho, de ojos hechiceros que tanta estima, le declarara; seguramente ella también le correspondía y le diría con mucha satisfacción y contento: Eres, negrito, pero hermoso, hijo mío, sigue tu camino comenzado, y te prometo que nos veremos muchas veces, y después te llevaré al cielo.

Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad.

¡Ojalá mis méritos fueran tan abundantes que mi lámpara ardiera sin cesar durante la noche, en el templo de mi Señor e iluminara a cuantos penetran en la casa de mi Dios! Concédeme, Señor, te lo suplico, en el nombre de Jesucristo, tu Hijo y mi Dios, un amor que nunca mengüe, para que con él brille siempre mi lámpara y no se apague nunca y sus llamas sean para mí fuego ardiente, y para los demás, luz brillante. Te pido, Salvador amantísimo, que te manifiestes a mí, llamaré a tu puerta para que conociéndote te ame sólo a ti y únicamente a ti. Que seas Tú mi único deseo, que día y noche medite sólo en ti y en ti únicamente piense. Alumbra mi amor inmenso hacia ti cual corresponde a la caridad con la que Dios debe ser amado y querido; que ésta mi dilección hacia ti, cual corresponde a la caridad con la que Dios debe ser amado y querido, que esta nuestra dilección hacia ti, invada todo mi interior y penetre totalmente, y hacia tal punto inunde todos mis sentimientos, que nada pueda ya amar fuera de ti el único eterno. (San Columbano).

Benito no puede ocultar el júbilo de su alma, se siente festivo tal vez como nunca, está embriagado de satisfacción al verse en la cumbre de sus deseos realizados; nota que su taquicardia ha evolucionado transformándose en un ardor que no quema, que lo sublima, que lo volatiliza como si sintiera que le salían alas y que podría lanzarse a buscar por aquellas cuevas y recovecos, para encontrar a aquél por el que su alma suspiraba,

aquél a quien corriendo peñas arriba, presentía que le iba a salir al encuentro para darle la mano al campesino enamorado y cual cisne galante estrenar la primera noche de sus ensueños el cántico de amante agradecido que con reverencia hemos escuchado y que lo finiquitó con el loado seas mi Señor por el hermano eremitorio, la hermana montaña, mis hermanos compañeros y la hermana soledad.

Leemos en el breve de Julio III, que Benito comenzó a sobresalir en la devota comunidad superando a todos en el rigor de la penitencia y en adquisición de las virtudes. Mucho debió de correr el más joven de Sta. Dominica por la vía doble de la ascética y la mística, para que esa autoridad incuestionable nos refiera que en tan poco tiempo, mientras todos corrían, ad vian perfectionis, sólo uno alcanzó el galardón, el más joven, por cierto, el negrito de verdad, el mejor atleta. ¿Qué extraño es que en esa montaña no se pudiera ocultar los reflejos luminosos de su santidad en todas las direcciones a la redonda, de los pueblos circunvecinos, si se había encumbrado tan alto? Y el pueblo que se adelantó y al que todos siguieron, fue San Fratello y San Marcos de Alunzio, de donde procedían el ascua y la luz, Fr. Gerónimo y Fr. Benito. Ahora se confirma lo que ya antes de salir del pueblo el campesino, el perfume de santidad que le seguía, le obligaban a exclamar: ¡Benito es un santo! y se quedará con el remoquete del Santo Negro.

El heroísmo tan callado que llevaban a cabo viviendo en soledad, sacrificio, buscando el reino de Dios, el buen nombre que gozaban en toda la región, Fr. Gerónimo, no fue posible ocultarlo, las gentes cada vez en aumento, trataban de pedir consejos espirituales, otros le llevaban alimentos.

¿No estarían entre ellos los padres y hermanos del Negrito? Es de suponer que sí, por qué no? A los hermanos ermitaños, que iban aumentando en número, cada día, les invadían cada vez más su refugio, y por si faltara algo, el pobre Benito le dio el golpe final, sin pretenderlo, ni desearlo. Veamos lo que pasó. Un señor, de nombre Fradelo Seallone, enfermo de algunos años, tenía una pierna muy inflamada, rígida, permanecía siempre inmóvil con sus dolores correspondientes, tuvo la buena ocurrencia de decirle a sus familiares que le condujeran hasta el eremitorio, para contarle al frailecito negro que le pidiera a Dios el restablecimiento de su salud; dicho y hecho, buena idea alegaron ellos; lo transportaron en un carruaje hasta el lugar; llamaron al Negrito, ignorante de todo lo que ocurría, se presentó con toda presteza y al encontrarse con el enfermo le descubrió su pierna tan inflamada, tensa; el enfermo llora, todo enternecido,



Altar en honor a San Benito, Iglesia San Francisco - Leon, Nicaragua

le dirige la mirada al que buscaba y clama sin quitar la vista de su interlocutor, en quien tenía puesta toda su confianza, le suplica, le pide al Señor, que todo lo puede; Fr. Benito se interesa por él ora por él y al punto, aquella pierna se pone flexible, sin dolor y totalmente sana; se incorporó, como si nunca hubiera tenido tal impedimento.

El señor Fradelo lloraba de alegría; me ha curado, bendito sea Dios, Fr. Benito me ha curado y el Negrito todo atollado no sabía dónde meterse, asustado de que le atribuyeran, a él la curación y no a Dios a quien yo se lo pedí, eso es todo y nada más, intercedí por él y ahora en vez de dar gracias a Dios me lo atribuye a mí. El Negrito, lleno de humildad y anonadamiento se afligía, porque confundían al Creador con la criatura. Se ausentó inmediatamente de sus aduladores.

Aún se percibe el olor de tus virtudes y la secuela de tus múltiples milagros; aún continuas sanando enfermos, das pan a los pobres, conviertes pecadores, derramas el bálsamo de tu amor a los hombres en sus múltiples infortunios. Por eso te quieren Santo, bendito te aman, te buscan, porque fuiste todo de Dios y para los hombres y sigues siendo poderoso, según la primera estrofa de tu himno:

*San Benito milagroso
hijo querido de Dios
con tu auxilio poderoso
intercede por nos.*

Loado seas, Fr. Benito, por el engendro divino de tu alma de la gracia final, secuela de carismas y gracias gratis dadas.

Por tu amistad entrañable con el Dios tres veces Santo, con su Hijo predilecto y el Espíritu Paráclito.

Bienaventurado seas y eternamente bendito en el cielo y en la tierra, por tus ingentes méritos, por tus raptos sublimes de visitas y coloquios entre Dios

y su fiel criatura. Bendito seas, hijo querido de Dios, te dicen los leoneses y Benito poderoso, por tu vida santa y pura, sigue protegiéndolos con fe cristiana ferviente, con miles de milagros y bendiciones celestiales.

León te aclama como su ángel tutelar; te quieren, te aman, te visitan, lloran en tu presencia porque tienen fe, esperanza y confianza en ti porque eres bondadoso. Bendice, Benitillo, sus campos, sus semillas y su café. Bendice sus casas, sigue como hasta hoy repitiendo lo que has hecho y ellos continuarán con gozo y con agradecimiento visitándote los lunes, la fiesta y la romería.

Si las lágrimas de los leoneses fueran perlas o brillantes el piso de su Santuario estaría tapizado de tanta belleza; cada una de ellas encerraría la historia de un alma triste o alegre que le cuenta a sus plantas prostradas, el presente frustrado o el futuro amenazador o la gracia ya concedida de su negrito encantador.

Así son los cincuenta y dos lunes del año un flujo y reflujo de fervorosos admiradores que cruzan las calle y avenidas de toda la ciudad, llueva o haga sol, sea invierno o verano, todos llevan el mismo ideal, el de llegar al Santuario donde el Negrito les está esperando muy complaciente para a todos aliviar.

A las seis de la tarde se reza el Santo Rosario, luego participan de la celebración eucarística, la mayoría de los presentes comulgan en su honor, pues intuyen con sentido teológico que el Santo es instrumento de Dios; se termina con el ejercicio del Santo y finaliza con el canto del himno: Por tu vida penitente y tus grandes sacrificios te pedimos humildemente que nos apartes del vicio.

San Benito tiene su fiesta en día fijo, que es el Lunes Santo, de la Semana mayor.